3872

EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

DURAND Y DURAND

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

POR

CEFERINO PALENCIA

MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
(*Sucesor de Hijos de A. Gullón.*)
PEZ, 10.—OFICINAS: POZAS, 2—2.°

1893

DURAND Y DURAND

DURAND Y DURAND

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

POR

CEFERINO PALENCIA

Estrenada en el TEATRO PRINCIPAL de Barcelona, el 12 de Abril de 1887.

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1893

PERSONAJES		ACTORES
SEÑORA DE TORREALTA.....	SRA.	ALVERA.
SEÑORITA DE TORREALTA....	SRTA.	PINO.
LUISA.....	SRA.	GAMBARDELLA.
CRIADA.....	SRTA.	ORTÍZ.
LORETO.....	SRA.	ALVAREZ.
COGNARDIER.....	SR.	GARCÍA (Domingo.)
DURAND, especiero.....	»	MANSO.
DURAND, abogado.....	»	PEÑA.
TEODORO.....	»	GASPAR.
GODAR.....	»	MESA.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados representantes de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de DON FLORENCIO FISCOWICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

CLARISA

¡Jesús, qué muecas hacen todos estos viejos, los antecesores del señor Durand! ¡Qué familia más estirada! ¡No sé si podré concluir aquí mi cuenta, porque sus retratos me dan un miedo! .. Con tantos jueces, parece que está una ante el tribunal de justicia. Probemos... (Sacando papel y lápiz.) Patatas, setenta y cinco céntimos. Pollo, cinco francos cincuenta; bien puedo correrme á seis. ¡Dios mío, qué caras! no, no me atrevo. Pollo, cinco francos cincuenta, sin recargo ninguno. Lenguados, dos cincuenta... ya he hecho el sacrificio en el pollo; pongamos tres francos .. ¡Ay, qué ojos me echa aquel! ¡Imposible! ¡No tengo valor! Parece que quiere salirse del marco y que me dice: «¡Joven, no intentes provocar á la justicia!...» ¿Sí? Pues espera, espera un poco. (Vuelve el retrato.) Lenguado, tres veinticinco céntimos. Pollo, seis francos. ¡Dale! ¡Ahora el otro! ¡Si no me valiera más!...

672705

ESCENA II

CLARISA y COGNARDIER; después ALBERTO

COGN. ¿Qué haces, muchacha?

CLAR. Quitar el polvo á la magistratura.

COGN. ¿Ha salido mi yerno?

CLAR. No señor, está en la luna.

COGN. ¿Cómo en la luna?

CLAR. En la luna de miel.

COGN. Naturalmente; no hace todavía un mes que se casó con mi hija.

CLAR. Son dos seres que se adoran, y eso es lo que me ha decidido á entrar á su servicio, porque las gentes felices no reparan en nada.

COGN. No abuses, sin embargo, ¿eh? No abuses ni te olvides que sirves á un hombre ilustre.

CLAR. ¿Ilustre?

COGN. Más aún; célebre, celebérrimo; no retrocedo ante el adjetivo.

CLAR. ¡Ah!

COGN. ¡Uno de los primeros abogados de París, el famoso Durand! ¡Durand! ¿No te suena el apellido? ¡Ha librado de la guillotina á Galardín! ¿Qué digo librado? Ha conseguido que le absuelvan estando tres veces condenado á muerte. ¿Tú no has conocido á Galardín?

CLAR. No señor.

COGN. Mejor para tí.

CLAR. ¿Por qué?

COGN. Porque su especialidad eran las doncellas. Mientras que el insigne Durand aliente, Francia siempre tendrá una esperanza para los asesinos. (Entra Alberto muy pensativo.

CLAR. Aquí está el señor. (Vase.)

COGN. Buenos días, insigne maestro.

ALB. Le ruego á usted que prescinda de esos adjetivos.

COGN. (La modestia de los grandes hombres.) No puedo acostumbrarme á llamarte de otro modo; alguna diferencia ha de existir entre el insigne Durand y un simple propietario de Meridón.

ALB. Ninguna; que nadie vale más que nadie, cada cual en su esfera...

COGN. Si no te incomodaras, yo me atrevería á opinar lo contrario. ¿Crees tú, por ejemplo, que tu primo el humilde Alberto Durand, el especiero, vale tanto como tú?

ALB. ¿Por qué no?

COGN. Te confieso que es muy duro, mucho, para el que como tú, ha conseguido el más alto grado de la celebridad, saber que existe un especiero que ostenta tu mismo nombre y apellido. ¡Hombre, ese es un abuso que la ley debiera castigar! ¡Y te lo suplico, mi querido yerno! no digas á nadie que ese quidam es pariente tuyo.

ALB. ¡Pero si á mi no me avergüenza!

COGN. No importa, y no le des cuenta de tu matrimonio.

CLAR. (Entrando.) Señor, un albañil pregunta por usted.

COGN. Voy en seguida. Figúrate que la columna dórica que he hecho levantar en el jardín, resulta ahora que se está cayendo.

ALB. ¿Y á qué obedece ese capricho?

COGN. ¿Capricho? no tal; ¡es un homenaje á tu talento!

ALB. ¡Una columna dórica!

COGN. De cinco metros de altura, con el busto de Cicerón y la inscripción siguiente, en letras de bronce: «Mi yerno te aventaja.»

ALB. ¡Qué atrocidad!

COGN. ¿Cómo atrocidad? ¿Cicerón con todo su talento, pronunció algún discurso en francés?

ALB. ¡Eh!

COGN. Vaya, voy hacer que reformen la base... ¡Digo! ¿me permites? (Vase.)

ALB. Hasta luégo.

ESCENA III

ALBERTO; después, TEODORO

ALB. (Llamando.) ¡Teodoro!

TEOD. ¡Qué ocurre, mi amo!

ALB. No me llames amo. Llámame insigne maestro; yo soy tu maestro y soy insigne.

TEOD. Como usted quiera.

ALB. Quítate ese delantal. (Se quita Teodoro el delantal.) Bien; ahora, en caso de apuro, podrás pasar por un ladrón cualquiera.

TEOD. ¿Cómo por un ladrón?

ALB. ¡Silencio, desgraciado! ¿No ves que aquí todo el mundo padece un grandísimo error? Me han tomado por mi primo.

TEOD. ¿Su primo de usted?

ALB. Sí. ¡Alberto Durand! ¡El abogado! y por esa razón me he dejado crecer mis patillas, para adquirir un aspecto más distinguido. Escúchame, Teodoro; te he hecho venir de París para que me aconsejes en estos críticos momentos. Desde hace diez años, época en la que mi padre me dejó su acreditado establecimiento, sirves á mi clientela, con el celo y la probidad relativa de los de tu clase. Así, pues, estoy en una gran disposición de ánimo respecto á tí.

TEOD. Dios le bendiga á usted, insigne maestro.

ALB. Bien lo necesito, porque soy en este instante el más infortunado de los tenderos.

TEOD. ¡Imposible! ¡Usted, joven, rico, rico, sí señor! puesto que posee usted, según el último balance, ochocientos mil francos: usted que no pasa jamás junto á un pobre sin darle cinco céntimos de limosna: ¿usted desgraciado? Sería preciso dudar de la Providencia.

ALB. Pues lo soy, Teodoro; ya sabes que este último verano hice un viaje á Croisic.

TEOD. ¿Para comprar sardinas? adelante.

ALB. Llegué en día de feria, y en el hotel no había ninguna habitación disponible. Dí mi nombre, Alberto Durand, París. ¡Alberto Durand! exclamó el dueño descubriéndose y haciéndome una porción de reverencias. ¿Es posible? ¿Alberto Durand en mi hotel? ¡Oh! ¡qué honra!

TEOD. ¿Y le dieron á usted habitación?

ALB. En seguida; echaron á la calle á un pobre inglés con no sé qué pretexto: yo, como comprenderás, me hice el prudente, porque no quería dormir al raso; si llego á sacarles de su error, corro la misma suerte que el inglés.

TEOD. Es claro.

ALB. Se me dió el cuarto más elegante y de mejores vistas, y fuí objeto de admiración universal. En la mesa del hotel, los padres me mostraban á sus hijos como diciéndoles: Miradle, fijáos bien en él, para que podáis enorgulleceros algún día de haber contemplado de cerca al famoso Durand. ¡Por la noche, en el casino, las jóvenes me devoraban con sus ojos! ¡qué de asedios! ¡qué de insinuaciones! Una de ellas, superior á todas en hermosura y gracia, consiguió por fin rendirme, me enamoré como un loco, luché cuanto pude, hasta que me decidí á pedirla en matrimonio á su bondadoso padre, que me respondió en el acto: ¡Usted es el hombre que yo había soñado para mi hija! ¡A mis brazos, querido yerno!

TEOD. ¡Demonio! ¡Demonio! Eso es grave.

ALB. Aquella misma noche escribí á mi futuro suegro una carta, en la cual le decía que yo no era abogado, sino tendero de comestibles.

TEOD. Lo mismo da.

ALB. Eso creo yo, pero en fin.

TEOD. Y esa carta...

ALB. No llegué á enviarla, y ese es mi delito. Al ir á echarla al correo me faltaron las fuerzas, no tuve valor

para renunciar á casarme con Luisa; ¡hasta lloré!

TEOD. ¡Pobrecillo!

ALB. Y, en fin, aquí tienes cómo y por qué me he casado con la señorita Cognardier, y por qué sigo siendo para todos el insigne abogado Alberto Durand. Vamos á ver, ¿qué me aconsejas?

TEOD. ¡Yo!...

ALB. No olvides que pienso aumentarte el sueldo.

TEOD. Y aunque así no sea, yo digo y repito que un tendero vale por lo menos tanto como un abogado. Y si no, vamos á cuentas: nosotros ponemos achicorias en el café, ¿no es cierto? Pues los abogados hacen eso mismo.

ALB. ¿Cómo?

TEOD. Los abogados ponen la achicoria de la mentira en el moka de la verdad.

CLAR. (Entrando.) El chocolate para el señor está servido.

ALB. Voy en seguida; ahora estoy ocupado con un criminal.

TEOD. ¿Eh?

ALB. (¡Silencio!) Puede usted marcharse tranquilo; si le encarcelan á usted, lo que dudo mucho, de mi cuenta queda su libertad; todos los días defiendo á gentes de su calaña y...

TEOD. Pero...

ALB. ¡Calla! Te aumentaré cinco francos; vete y envíame azúcar y bujías, sin olvidarte de la factura.

TEOD. ¡Muchas gracias, insigne maestro! (Vase.)

ALB. Vaya usted con Dios. Clarisa, hágame usted el obsequio de bajar la maleta de mi papá suegro.

CLAR. El señor se olvida del chocolate.

ALB. Sí, voy en seguida.

CLAR. La señora dice que ese chocolate no es digno del señor.

ALB. ¡Ya!

CLAR. Ni de nadie: porque es muy malo.

ALB. ¿Malo? (¡Y sale de mi tienda!) (Vase.)

ESCENA IV

CLARISA y LUISA; después COGNARDIER

LUISA. ¿No está el señor?

CLAR. Ha ido á tomar su chocolate; si la señora quiere enterarse de la cuenta...

LUISA. Más tarde.

COGN. (Entrando) No hay medio de sostener esa columna: á la primer ráfaga un poco fuerte...

LUISA. Buenos días, papá.

COGN. ¡Buenos, hija mía; perdona! Buenos días, madame Durand. ¿Has dormido bien esta noche?

CLAR. (¡Qué pregunta á una recien casada!) (Vaso.)

ESCENA V

COGNARDIER y LUISA

COGN. Ya sabes que me marcho mañana, pero antes de mi partida quiero hacerte algunas observaciones.

LUISA. ¿Sobre qué, papá?

COGN. Escucha. Tienes el honor de ser la compañera del insigne Durand, y no posees sino veinticinco mil francos de dote. Él por su talento es inmensamente millonario; es preciso, pues, que á fuerza de sumisión y cariño, te muestres digna de tu esposo. En el hombre célebre, en el obrero intelectual, hay siempre un niño, un enfermo y un artista. En consecuencia, una mujer inteligente debe ser la madre del niño, la hermana de caridad del enfermo y el ideal del artista. Cuando él te hable, escúchale; cuando no te hable, no le interrumpas. Si tu marido está alegre, tú no estés triste; tu vida, en fin, debe asemejarse en un todo á la suya, y estímate satisfecha si aun á costa de sacrificios y contrariedades llegas á hacerle felíz.

LUISA. Lo procuraré, papá.

COGN. Debes hacerte esta reflexión. En Francia hay millones de jóvenes de mis prendas y cualidades, y en cambio sólo existe un solo Durand, ¡y ese es mi esposo!

LUISA. Y de ello estoy orgullosa.

ALB. (Entrando.) (No sé por qué dicen que es tan malo el chocolate.)

COGN. Aquí le tienes.

ESCENA VI

DICHOS y ALBERTO

COGN. Hablamos de tí, mi querido...

ALB. Alberto, Alberto á secas.

COGN. Jamás me atreveré á tratarte con tal familiaridad; sólo tu mirada me impone de una manera...

ALB. ¿Por qué? Si yo soy un buen muchacho.

COGN. En efecto, tiene la sencilléz de los grandes hombres.

ALB. Doy mi mano á todo el mundo, y no creo valer más que nadie.

COGN. ¡Por Dios Alberto! Te lo suplico, muéstrate algo más orgulloso de tu profesión, si no por tí, á lo menos por nosotros.

ALB. Veo que tiene usted ideas muy rancias, y no siempre hay Bastillas que demoler.

COGN. Espera; espera un poco, no te muevas; acabas de hacer un gesto á lo Mirabeau.

ALB. ¿Sí?

COGN. Sí. «No siempre hay Bastilla que demoler.»

LUISA. ¡Qué figura tan hermosa debes hacer ante el tribunal! ¡Cuánto deseo oirte!

COGN. ¡Oh! ¡sí! Estamos ansiosos...

ALB. Pues un día de estos...

COGN. «No siempre hay Bastilla que demoler.»

LUISA. Ahora ya puedo decirlo; papá y yo te admirábamos antes de conocerte.

ALB. Habéis hecho muy bien en admirarme antes.

LUISA. ¿Por qué?

ALB. Por nada.

COGN. En los periódicos leíamos constantemente tus triunfos.

LUISA. Unirme á tí, era mi único sueño.

COGN. Y el mío; es decir, yo soñaba con ser tu suegro.

ALB. Mi padre; diga usted mi padre.

COGN. ¡Qué sentimientos tan generosos! Lo repito, eres superior á Cicerón.

ALB. ¡Papá!

COGN. Nada, no me retracto. Cicerón hizo condenar á Catalina: ¡tú le hubieras hecho absolver! Un desgraciado comete un crimen, las pruebas le acusan, se le condena y se le mata; esto es claro como el sol, y se vé todos los días Lo difícil es lograr que aparezca inocente aquel culpable; demostrar que las pruebas no son tales pruebas, y que la evidencia no resulta realidad. ¡Eso es lo difícil! ¡Esa es tu misión! ¡Ese tu mérito indiscutible! Si te empeñas eres capáz de probarnos que uno y uno son tres.

ALB. Sin gran trabajo. ¿No es verdad Luisa?

LUISA. ¡Alberto!

COGN. No te ruborices, tontuela. Es una galantería muy ingeniosa. ¡Digna de él!

LUISA. ¿Sabes que papá quería marcharse mañana? Ruégale que pase unos días más con nosotros.

ALB. No me atrevo...

COGN. Muchas gracias, hijos míos, pero vosotros tenéis necesidad de estar solos; os prometo ir á París á la primera vista de Alberto.

LUISA. ¿Palabra?

ALB. (Pues ya habrá llovido.)

COGN. Ea, voy hacer mi maleta. ¿Me permitís que os deje algunos instantes?

ALB. ¡Oh!

COGN. Si fueras un hombre vulgar, no te guardaría tantas atenciones. (A Luisa.) Para mí te has casado con un

emperador; no lo es por su cuna, sino por su talento.

ALB. ¡Por Dios!

COGN. Por tu talento. (Vase.)

ESCENA VII

ALBERTO y LUISA

LUISA. ¿Te has enfadado con papá? ¡Hay que perdonarle sus manías; y te aseguro que te quiere muchísimo; siente por tí una admiración sin límites, como yo!

ALB. (Me adora, no hay duda; si yo me atreviera á declarárselo todo y á implorar su perdón...) Luisa, ven aquí á mi lado. ¿Me quieres mucho?

LUISA. ¡Te admiro con idolatría; en la vida lo es todo; la inteligencia el talento!

ALB. Sin embargo... ¿No crees que el corazón?...

LUISA. ¡El corazón! ¿Qué es el corazón sin la cabeza?

ALB. Hay muchas mujeres de valía que se han enamorado de hombres vulgares.

LUISA. Eso no es amor, querido mío.

ALB. ¿Qué es?

LUISA. He conocido á una duquesa .. (la he conocido por su doncella; se servía en mi casa.) He conocido á una duquesa que se enamoró perdidamente de su lacayo.

ALB. ¡Já, ja, ja! De modo que si yo, en vez de ser abogado, fuera, verbi gracia, un droguero...

LUISA. No me hubiera fijado en tí, y, por consiguiente, no te amaría.

ALB. (Y he dicho droguero.)

LUISA. Mi amor por tí, te lo repito, es admiración, orgullo, entusiasmo.

ALB. (¡Imposible! ¡Jamás tendré valor!)

LUISA. Mira, es una tontería lo que voy á decirte: por la noche, cuando estás dormido, me complazco en velar tu sueño.

ALB. ¿Y ronco?

LUISA. No por cierto. Sólo sueñas en alta voz.

ALB. ¿Y qué digo?

LUISA. Llamas á Teodoro ¿Quién es ese Teodoro?

ALB. ¿Teodoro? Mi secretario. No tengas celos.

LUISA. No, porque estoy segura de tu fidelidad; y, sin embargo... ¡Cuántas conquistas habrás hecho!

ALB. Algunas... (cocineras.)

LUISA. ¿Qué importa? No tengo celos de tu pasado... Y ahora quiero pedirte un favor.

ALB. ¿Cuál?

LUISA. Quiero ver tu famoso despacho de París.

ALB. (¡Qué idea!) Ya sabes que le están restaurando...

LUISA. ¿Y cuándo le terminan? ¿Por qué no arreglas uno en esta casa?

ALB. Es imposible.

LUISA. ¿Por qué?

ALB. Obligado á recibir constantemente criminales...

LUISA. Es verdad; no había pensado...

ALB. ¿Había de permitir que tú te rozaras...?

LUISA. ¡Qué remedio! No hay más que resignarse; ¿pero me quieres mucho?

ALB. Con locura.

ESCENA VIII

DICHOS y CLARISA; después DURAND

CLAR. Señor, un caballero pregunta por usted.

LUISA. ¡Ah! ¡Un cliente, quizás algún asesino! Te dejo: despáchale pronto, ¿eh?

ALB. Sí.

LUISA. ¡Adiós, orgullo mio! (Vase.)

ALB. (A Clarisa.) ¿Te ha dicho su nombre?

CLAR. Se llama como usted, señor.

ALB. ¡Mi primo el abogado! ¡Que no estoy, que no estoy!

DURAND. (Entrando.) ¿Cómo se entiende? ¿Me obligas á hacer antesala? (Vase Clarisa.)

ESCENA IX

ALBERTO y DURAND

ALB. Buenos días, Durand.

DURAND. Muy buenos, Alberto.

ALB. ¿Tú por aquí? ¿Quién te ha dado mis señas?

DURAND. Tu cajero.

ALB. ¿Mi cajero? (Mañana lo despido.)

DURAND. Algo se resistió el tunante, so pretexto de que se lo habías prohibido; pero el dependiente, que estaba allí...

ALB. ¿Teodoro?

DURAND. Teodoro, sí; ese es su nombre; le dijo: «La prohibición no reza con el señor Durand.»

ALB. Es claro: (Ya le diré yo á ese entrometido...)

DURAND. Pero oye, ¿á qué obedece esta retirada á Passy tan misteriosa? ¿Acaso conspiras para conseguir la libertad de los azúcares?

ALB. No.

DURAND. Entonces...

ALB. Me he casado.

DURAND. ¡Hola! ¡Sin prevenirme, sin invitarme siquiera á tu boda!

ALB. Te diré...

DURAND. Eso es una ingratitud que no merezco, porque precisamente yo vengo aquí para anunciarte mi próximo casamiento.

ALB. Y asistiré á él.

DURAND. Por supuesto, con tu esposa.

ALB. Imposible.

DURAND. ¿Cómo imposible? Alberto, tú has hecho un matrimonio inmoral. Tú eras ya tendero, pero no habías deshonrado del todo á la familia.

ALB. Te engañas; me he casado con una doncella tan virtuosa como distinguida.

DURAND. ¿Con una doncella?

ALB. Sí.

DURAND. ¿Sin prólogo?

ALB. ¿Cómo sin prólogo?

DURAND. ¿De Orleans?

ALB. De Merindón.

DURAND. ¿Y por qué no puedes presentarme á esa joven tan simpática?

ALB. Porque... (¡Señor, que no entre ahora mi suegro!)

DURAND. ¡Ah! Díme, díme, ¿qué significa todo esto?

ALB. Significa ..

DURAND. ¡El Tribunal Supremo en masa!

ALB. Te diré... esos cuadros... esos retratos... es que he entrado á formar parte de una familia de magistrados... y de ahí esta galería jurídica.

DURAND. Pues con doble motivo debiste invitarme...

ALB. La primera cosa que me dije fué: avisemos á mi primo... pero la segunda...

DURAND. ¡Sí! No le avisemos.

ALB. ¡Justo!

DURAND. ¿Y por qué?

ALB. Porque... debo decírtelo todo: mi familia no te puede sufrir.

DURAND. ¿Por qué causa?

ALB. Por tu profesión.

DURAND. Una familia de jueces que no puede ver á los abogados...

ALB. Parece mentira, ¿no es así? Pues no obstante...

DURAND. No me convences...

ALB. ¡Caramba! Son jueces, y al fin y al cabo... ¿qué quieren los jueces?

DURAND. Dormir.

ALB. No señor: aplicar la ley, castigar al delincuente, al criminal. Y vosotros... ¿qué queréis vosotros?

DURAND. Devengar grandes honorarios.

ALB. Queréis la absolución de los asesinos, de los culpables, ¡y es claro! esto crispa á los jueces, y de ahí que no pueda sufrirte mi familia. Pero en fin, yo te pre-

sentaré... más tarde... cuando se hayan acostumbrado á la idea.

DURAND. No, no, te lo agradezco; me importa un rábano tu familia, y les corresponderé no invitándoles á mi boda.

ALB. Tanto mejor.

DURAND. Porque yo, querido Alberto, también me caso; me caso con una señorita de Alesón, la señorita de Irma Torre-Alta, una joven perfecta.

ALB. Te felicito.

DURAND. Una deliciosa provinciana, verdadera mujer de gobierno, que carece por consiguiente de toda innecesaria erudición. De Botánica, no sabe sino lo estrictamente indispensable para distinguir las setas venenosas de las que no lo son; y de Química lo suficiente para despedir á la planchadora por poner demasiado cloro en las camisas. Y á estos conocimientos, añade quinientos mil francos de dote y las más risueñas esperanzas.

ALB. ¡Ojalá seas tan felíz como mereces!

DURAND. Muchas gracias, primo; aunque no has recibido una gran instrucción y tu modo de vivir es algo modesto, poco distinguido, tengo por tí verdadera simpatía, y si alguna vez te ves envuelto en un proceso criminal, te defenderé gratis.

ALB. A lo mismo me obligo; por mi parte encontrarás en mi casa un treinta por ciento de bonificación en todos los artículos.

DURAND. Eso es demasiado.

ALB. No lo creas, porque á pesar de ese descuento, gano todavía.

DURAND. ¡Já! ¡já! ¡já! Ea, te dejo. Mañana tengo vista de la causa Tapotad. ¿No has oído hablar de ella? Es el acontecimiento del día y todo París asistirá; si quieres llevar á tu mujer...

ALB. No, muchas gracias.

ESCENA X

DICHOS y COGNARDIER

COGN. ¡Querido yerno!

DURAND. ¿Tu suegro?

COGN. Cicerón está ya seguro en su pedestal. (Viendo á Durand.) ¡Ah! ¡Caballero! mil perdones.

DURAND. ¡Caballero! (A Alberto.) Preséntame.

ALB. Con mucho gusto. Alberto Durand, mi primo.

COGN. (¡El especiero!)

ALB. El señor Cognardier, mi papá político.

COGN. y DURAND. ¡Caballero!

DURAND. No ignoro, señor de Cognardier, la antipatía que despierta en usted mi profesión.

COGN. Su... no. . á mí... (Pero hombre, ¿por qué le has dicho?...)

ALB. Para que se fuera.

DURAND. Mas no lo echo á mala parte ni me molesta lo más mínimo, porque en la vida hay tal diversidad de gustos...

COGN. Advierto á usted que yo no he personalizado mis gustos ni mis antipatías.

DURAND. Ya, ya comprendo; es la clase.

COGN. Justo, sus colegas de usted, que engañan constantemente al público.

DURAND. ¿Cómo?

ALB. (Demasiado sabes que no siempre decís la verdad.)

DURAND. Hay deberes sagrados...

ALB. (A Durand.) Déjale.

COGN. ¿Qué deberes sagrados ni qué?...

ALB. (¡Papá, por Dios! Que es mi primo y está en nuestra casa.)

COGN. (¡Tienes razón y voy á desagraviarle.) Aunque bien mirado, con las grandes conquistas de la revolución desaparecieron las clases para *in æternum*.

DURAND. ¿Eh?

COGN. Hoy la nobleza, es hermana de la burguesía, y el pueblo, á su vez, hermano de esta última.

DURAND. ¡Cierto, cierto! (Me divierte mucho tu papá.)

ALB. Sí, sí; es muy divertido.

COGN. Y así como la Industria es la madre de las naciones, el comercio...

DURAND. Es el padre.

COGN. Justamente.

DURAND. Esas ideas le honran á usted muchísimo.

COGN. (Infeliz; y cree que lo digo de corazón.)

ALB. (A Cognardier.) (Es usted un gran diplomático.)

COGN. No niego que la elocuencia tiene también su mérito.

DURAND ¡Oh!

COGN. ¿Cómo? ¡Oh! (A Alberto.) (Parece que se burla de tu elocuencia.) La elocuencia, caballero...

DURAND. ¡Usted exagera demasiado!

COGN. (A Alberto.) (Te tiene envidia.) Pero seamos generosos. No obstante, el tráfico juega un principal papel en las sociedades modernas.

DURAND. (¡Atiza!) Es evidente.

COGN. (¡Pobrecillo! ¡Tan vulgar como todos los especieros!)

ALB. (Los hay que no lo son.)

DURAND. Mi primo me decía hace poco que descendía usted de una antigua familia de magistrados.

COGN. ¿Eh?

ALB. Sí, en efecto... yo le decía... porque... (he comprendido que quería burlarse de los propietarios rurales y...)

COGN. ¿Sí? Pues ahora verás: el modesto agricultor bajo su humilde techo de heno, es una personalidad tan respetable como cualquiera de las infinitas que pueblan los dorados salones de la capital.

DURAND. ¿Quién lo duda?

COGN. Yo soy muy justo, caballero, porque amoldo todos mis actos á este axioma, que debe ser el de las gentes honradas: «Jamás dos pesos ni dos medidas.»

DURAND. ¡Bravísimo!

COGN. (¿Eh? ¿Qué te parece la indirecta? Jamás dos pesos ni..)

ALB. (Yo sudo.)

DURAND. Si alguna vez necesita usted de mis servicios, tendré un verdadero placer en ponerme gratuítamente á sus órdenes.

COGN. Comprendo, comprendo: (quiere que tomemos todos los comestibles de su casa.)

DURAND. Si la ocasión se presenta, no vacile usted en...

COGN. Y aunque la ocasión no se presente, esté usted seguro que la buscaremos.

ALB. ¿Cómo?

COGN. Y para probar á usted, mi querido pariente, que hablo con seriedad, desde esta misma noche tomaremos el café...

DURAND. ¿En mi casa?

COGN. Sí, de su casa.

DURAND. ¡Oh! Usted me favorece demasiado... y les cojo la palabra: esperaré á ustedes hasta las diez.

ALB. (¡Dios mío!)

COGN. No, si tiene usted necesidad de salir, con dejar encargado á cualquiera...

ALB. Mejor sería...

DURAND. ¿Están ustedes locos? ¿Cómo no he de esperar á que vayan ustedes?

COGN. (¿A que vayamos? ¡Ah, ya! Supone que hago yo mismo mis recados.) Bien, si yo no pudiera ir mandaré á la doncella.

DURAND. ¿A la doncella?

ALB. Para avisarte que no esperes... no comprendes nada.

DURAND (A Alberto.) (¡Qué ceremonioso es tu papá suegro!)

ALB. Así son todos en Meridón.

COGN. Conque muchísimas gracias por su generoso ofrecimiento, y le advierto á usted que nos gustan mucho las conservas.

DURAND. ¿Las conservas? ¿Por la noche? ¿Conservas en el café?

ALB. Es una antigua costumbre de Meridón: se conoce que no has recorrido por Normandía.

DURAND. Bueno, bueno. Tendréis conservas. ¡Ea, adiós! ¡Adiós!

COGN. Hasta luégo.

DURAND. Es muy divertido tu papá; envíamele el domingo.

ALB. (¡Si pudiera enviártele toda la semana!)

ESCENA XI

ALBERTO y COGNARDIER

COGN. No te quejarás de mí; y te aseguro que he hecho más esfuerzos para contenerme... porque ahora que estamos solos, te declaro con toda ingenuidad, que desprecio la especieria moderna.

ALB. Señor Cognardier, esas afirmaciones en absoluto...

COGN. Todos los especieros en general, son unas ratas de laboratorio.

ALB. Pruébemelo usted.

COGN. El vino que espenden, no es tal vino, sino una detestable composición química; lo hacen con jarabe de grosella sin grosella, y jarabe de granada sin idem.

ALB. Porque se ha encontrado un insecto que reemplaza á la grosella.

COGN. El queso, no es tal queso, sino un amasijo de patatas; en el azúcar molida, ponen melaza; la melaza la mezclan con harina, en ésta ponen almidón, en el almidón ponen greda, en la greda yeso, y si en éste no ponen nada, es porque ya pertenece á los materiales de construcción.

ALB. Señor Cognardier, traspasa usted la medida.

COGN. Los especieros en cambio no traspasan la medida, sino que la merman.

ALB. Le repito á usted que hay excepciones...

COGN. Vamos á ver; tú eres hombre de talento y de conciencia; si llegase el caso, ¿tendrías valor de defender á un especiero?

ALB. Ya lo creo que le defendería.

COGN. Pues sería indigno de tí, y te rebajarías á mis ojos y á los del mundo entero.

ALB. Pues los defendería á todos. (¡Vaya con el hombre!)

ESCENA XII

DICHOS y LUISA; después CLARISA

LUISA. ¡Papá! Acaban de traer estas tarjetas.

COGN. Dame; estas son para tí. (A Alberto.)

ALB. «Alberto Durand, insigne abogado de París.»

COGN. Las mías...

ALB. «Mauricio Cognardier, padre político del insigne Durand.»

COGN. Perdóname ese rasgo de inmodestia.

ALB. Esto es ridículo.

COGN. No lo discuto; pero no haré uso de ellas sino en Meridón.

CLAR. (Saliendo.) Señora, el pedido que se ha hecho á la tienda.

LUISA. Ponlo ahí. (Vase Clarisa.)

COGN. Azúcar, bujías; tapioca Durand, la única conveniente á la vejéz; en casa de Alberto Durand, proveedor de casas particulares; calle Montmartre, ciento veintiséis.

ALB. La primera casa de Paris.

COGN. ¡Calle! ¡Pues si esto es de casa de tu primo! ¡Qué prisa se ha dado!

ALB. Sí, de casa... de mi primo. ¡Calidad extra!

COGN. ¡Y manda la factura! ¿Pues no decía...? ¿Habráse visto...? ¡Al fin, especiero! Está bien; pero nosotros no admitimos estos géneros.

LUISA. ¿Por qué, papá?

COGN. Porque son muy malos y carísimos; el azúcar á un franco cuarenta, cuando la pagamos en Meridón á uno treinta; las bujías, á uno cuarenta y cinco, y aquí nos cuesta á uno cuarenta.

ALB. ¿Y á usted qué le importa? ¿No soy yo quien paga?

COGN. Sin embargo. . Este azúcar...

ALB. ¿Tiene yeso?

COGN. Por lo menos ladrillo; mira qué color; y estas bujías son de sebo...

ALB. Señor Cognardier, tales insultos...

COGN. Por último, quiero tener mi conciencia tranquila, y voy á mandar todos estos paquetes al laboratorio municipal. (En este momento óyese un gran estrépito de cristales rotos.)

LOS TRES. ¿Qué es eso?

CLAR. (Saliendo.) ¡La columna de Cicerón que se ha venido á tierra y ha destrozado la estufa del vecino!

COGN. ¿Y quién les manda poner cristales en las estufas?

CLAR. Señor, el vecino está herido y grita como un condenado; dice que hoy mismo va á ver al insigne Durand, de París, y á entablar demanda de daños y perjuicios.

COGN. ¿Al insigne Durand? ¡Já, já! ¡No sabe que vives aquí; no te ha conocido! Le recibirás, ¿eh? ¡Qué lance más gracioso! Yo quiero presenciar la entrevista; iré contigo.

LUISA Y yo también. ¡Ay qué gusto!

COGN. Así veremos tu célebre despacho.

ALB. ¡María Santísima! ¿Cómo voy á salir de todo esto?

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

DURAND, leyendo.

«Suplican al insigne Durand les dispensen el honor de asistir á la *soirée*... Ruego á usted se sirva adelantarme quince luises...» Hágame el obsequio de enviarme quince francos... y así sucesivamente. A ver, otra: «Querido amigo: ¿Tendrías la bondad de sacarme de un compromiso?...» ¡Horror! ¿Y á esto se llama abrir el correo? El correo sí que me abriría á mí, si yo me dejara... Me parece que me falta algo... la consabida carta, la carta anónima. ¡Ah! ya dí con ella. ¡Já! ¡já! Cuatro tiros por la espalda, de seguro. Letra de mujer; veamos: «Tapotard es inocente; tan inocente como mi sonrisa. Una mujer de mundo admiradora de Tapotard. Ilustre abogado. ¡Qué gran victoria ha conseguido usted! ¡Qué elocuencia tan persuasiva! ¡He sido condenado sólo á quince años de prisión; tengo veinticinco, volveré, pues, de mi viaje de recreo en lo mejor de mi edád; soy pobre, pero si hay proscripción para los crímenes, no la hay para el reconocimiento. A mi vuelta, espero realizar algún negocio que me permita demostrar á usted mi

gratitud. Hasta que ese día llegue, gracias muchísimas. Su cliente y asesino, Victor Cabalard. Posdata: Adjunta mi fotografía, ¡es lo unico que poseo!» ¡Bravo! Uno más para la colección. (Llama.)

ESCENA II

DURAND y CHERVET

DURAND. ¿Chervet?

CHERV. (Entrando.) ¡Señor!

DURAND. Si viene alguien á arrendar este cuarto, puedes pedir dos mil francos y dejarle en mil quinientos.

CHERV. Está bien, señor; pero yo en lugar de usted conservaría este rinconcito...

DURAND. ¡Qué ocurrencia!

CHERV. Para un abogado tan célebre y tan lleno de aventuras, nunca está demás... Desde Loreto hasta la duquesa de...

DURAND. Hoy licencio á Loreto, y en cuanto á la duquesa, aquí están todas sus cartas para entregárselas á la primera ocasión. (Óyese llamar.) ¿Llaman? Ve á ver quién es.

CHERV. ¿Está el señor para la señorita de Courbillet?

DURAND. Loreto, que pase. La he escrito, preparándola á recibir el tremendo golpe.

CHERV. Pase usted, señorita.

CORINA. (Entrando.) Muchas gracias.

ESCENA III

DURAND y CORINA

CORINA. Buenos días, Alberto.

DURAND. Muy buenos, Loreto.

CORINA. ¡Con qué despego me saludas!

DURAND. Estoy muy contrariado, tengo que comunicarte cosas tan...

CORINA. No prosigas, adivino lo que vas á decirme; que aquí dió fin la presente, digo, la pasada historia, ¿no es eso?

DURAND. Eso es.

CORINA. ¡A los tres años!

DURAND. ¿Te parece poco? ¿Recuerdas cuándo nos conocimos?

CORINA. En la vista Galardín: aquel día quedé enamorada, mejor dicho, arrobada al oirte hablar. El fiscal estuvo tan cruel como justo en sus ataques; Galardín merecia ser guillotinado... Pero te levantaste tú y defendiste de tal manera al reo, que las pruebas aducidas por el señor fiscal se derrumbaron como un castillo de naipes á los certeros golpes de tu elocuencia. ¡Tu palabra nos hipnotizó á todos! El tribunal lloraba, el público gemía, el Procurador de la República miraba á Galardín con ojos enternecidos, como dándole sus excusas, y fué tan grande y completo tu triunfo, que si la víctima de Galardín no hubiera muerto, de seguro habría salido condenado; hasta el mismo reo llegó á creerse inocente en aquel instante. Le absolvió el Tribunal y quince días después hacía un matrimonio por verdadera inclinación.

DURAND. Es verdad, y todos los años me envían un bronce, el aniversario de su boda.

CORINA. ¡..y, él salió libre mientras que yo fuí condenada á amarte! Aque la misma noche te escribí...

DURAND. Una carta tan ardiente como espiritual.

CORINA. Es mi estilo. ¿En fin, te casas?

DURAND. Sí; pero deseo ayudarte de algún modo...

CORINA. No me hables de indemnización, te lo suplico.

DURAND. ¿Por qué?

CORINA. Porque yo no ambiciono tu dinero. Ofréceme otra cualquier cosa, una casa de campo, por ejemplo, en ella podré llorar á solas mi desgracia y decir en mis ratos de desesperación: «¡A él se la debo!»

DURAND. ¿No te gustaría más un piano?

CORINA. Sí; para ponerle en el salón; es el único mueble que admito.

DURAND. ¡Ya! (¡Hay que transigir!) Bien; pues si sabes de alguna casita que cueste ocho ú ocho mil quinientos francos...

CORINA. ¡Qué miseria! Eso es lo que gastaría cualquier abogadillo de provincias.

DURAND. Me corro á los diez mil, pero nada más. Te enviaré hoy mismo tus cartas.

CORINA. No, prefiero venir á recogerlas; así tendré nueva ocasión de verte.

CHERV. (Entrando) La señora y la señorita de Torrealta preguntan si el señor puede recibirlas.

DURAND. ¡Demonio! Mi suegra y mi novia. No las esperaba hasta mañana. Un instante, Loreto.

CORINA. Ahora que recuerdo; he visto en Vontene un hotelito precioso: piden por él quince mil francos.

DURAND. Sí, sí te lo compraré, pero vete en seguida.

CORINA. ¿Me lo comprarás? ¿De veras? No por nada, ¡sino como es tan bonito! .. Y allí podré á solas...

DURAND. ¡Comprendido! ¡Anda!

CORINA. ¿Por qué escalera?

DURAND. Por la que te corresponde; por esta.

CORINA. Seas ó no feliz, mi pensamiento siempre te seguirá...

DURAND. De lejos ¿eh? ¿De muy lejos?

CORINA. ¡Adiós, ingrato!

DURAND. Por fin...

ESCENA IV

DICHOS; SEÑORA é HIJA DE TORREALTA

DURAND. ¡Oh, qué agradable sorpresa!

M. TOR. No me esperaba usted hasta mañana, ¿verdad?

DURAND. Efectivamente. ¿Me permite usted estrechar su mano, querida Irma?

IRMA. ¡Sin consentimiento de mamá, imposible!

DURAND. ¡Cómo ha de ser!

M. TOR. Hemos leído en la *Gaceta de Francia,* que hoy debe

verificarse la vista de la famosa causa Tapotard, y que usted, como abogado defensor, pronunciará uno de sus más notables discursos. Mi hija tiene tal interés en oir hablar á su prometido, y me ha instado de tal modo, que no he podido resistir á sus súplicas: asistiremos á la vista.

DURAND. ¡Oh!

M. TOR. Después de todo, yo, si no deseos, tengo curiosidad de oir su decantada oratoria, porque quiero persuadirme de si en realidad tiene usted tanto talento como afirman sus panegiristas.

DURAND. ¡Señora! Casi me confunde usted con sus elogios...

IRMA. Es muy bonito este despacho, y sobre todo elegante.

M. TOR. ¿Le encuentras elegante? El mobiliario no puede ser de peor gusto.

DURAND. Muchas gracias.

M. TOR. A bien que una vez casado, mi hija le dará á usted el baño de distinción que tanta falta le hace.

IRMA. ¡Mamá!

M. TOR. No creo molestar con mi franqueza á tu futuro, que, por otra parte, muestra muy poco orgullo de su alianza contigo... Y sin embargo, esta es la primera vez que una Torrealta...

DURAND. ¿Viene al suelo?

M. TOR. Si no al suelo, desciende á cierta esfera...

IRMA. Considera que Alberto, es casi una gloria nacional.

M. TOR. En estos tiempos, tal vez; pero si las revoluciones pueden demoler los tronos, nunca demolerán las creencias.

DURAND. Efectivamente. (No se quejará usted de mi paciencia.)

IRMA. ¡Todo por mi! ¡Es mi madre!

DURAND. ¡Y mi suegra!

M. TOR. ¿Un abogado? ¿Sabe usted la jurisprudencia que acaba de sentar uno de sus compañeros? Que un marido, puede abrir impunemente las cartas dirigidas á su mujer.

DURAND. ¡Oh! ¡Es una infamia!

IRMA. ¡Ea! ¿Quiere usted darnos dos papeletas para asistir á la causa Tapotard?

DURAND. Con mucho gusto. (Se las da.)

M. TOR. Lejos del acusado, ¿eh?

DURAND. Eso es cuestión de los hujieres.

M. TOR. Y supongo, que una vez unido con mi hija, no defenderá usted á gentes de poco más ó menos.

DURAND. Descuide usted, señora; no defenderé sino á hidalgos y á nobles envilecidos.

M. TOR. Aunque lo mejor sería que renunciara usted al bufete y se consagrase tan solo al gobierno de nuestras haciendas.

DURAND. ¿En calidad de mayordomo?

IRMA. ¡Mamá!

DURAND. ¡Ahora que recuerdo! Ustedes no deben, mejor dicho, Irma no puede asistir á la vista Tapotard, porque es tan escabrosa la materia...

M. TOR. ¿Tan escabrosa? ¿Y no puede asistir mi hija, y yo sí? ¡Caballero!

DURAND. Señora, á cierta edad todo puede oirse.

M. TOR. Y si el asunto es escandaloso, ¿por qué le defiende usted?

DURAND. Porque esa es mi profesión.

M. TOR. Pues es una profesión inmoral.

IRMA. No olvides, mamá, que has prometido llevarme al Louvre.

M. TOR. No lo he olvidado; puesto que vas á casarte, no hay ya inconveniente en que veas la sección de escultura. ¿Has traido los lentes azules?

IRMA. Aquí están.

DURAND. ¿Los lentes azules?

M. TOR. Hacen el mismo efecto que si se pusiera á las estatuas una gasa azul.

DURAND. ¿No le bastan á usted las hojas de parra?

M. TOR. No se trata de mí, sino de la niña; pero aun así, no son suficientes las hojas de parra.

DURAND. ¡Como no pongan un racimo!...

M. TOR. ¡Racimo! ¡Qué hombre tan inmoral! Vamos, niña.

IRMA. Hasta luégo, Alberto.

DURAND. Me dispensarán ustedes. Hasta muy pronto, querida irma. (La abraza.)

M. TOR. ¡Caballero! ¡Qué desvergüenza!

DURAND. Perdone usted, creí que se caía, y...

M. TOR. ¡Qué ingenioso!... ¡Racimo! ¡Hombre más vulgar! ¿De qué te has enamorado?

DURAND. ¡Señoras! (Vanse las señoras.) ¡Es un buen ejemplar! Si espera mi invitación para venir á verme cuando me haya casado...

CHERV. (Entrando con una tarjeta.) Este caballero desea hablar al señor.

DURAND. No puedo detenerme, pero, en fin... que pase. Souflet, profesor de declamación.

ESCENA V

DICHOS y SOUFLET; después CHERVET

DURAND. ¿Qué deseaba usted?

SOUF. Ante todo, debo advertir á usted, caballero, que tengo una pequeña difi... fifi... cultad... de pro... prooonunciación.

DURAND. ¡Oh! Apenas se le nota.

SOUF. Es usted mu... mu... y... amable...

DURAND. (Esto va largo.)

SOUF. Yo tengo un jar... jar. . jar...

DURAND. Un jardín.

SOUF. ¡Sí, un jar... jar... jar!...

DURAND. Sí, hombre, sí, lo he comprendido; un jardín.

SOUF. ¡Un jar... jar... ja, ja, ja... jardín! Si no termino las palabras, reviento.

DURAND. Pues voy á divertirme bien; al hecho.

SOUF. Yo soy... sol... sol... tero.

DURAND. (¡Jesucristo! ¡Ni en ocho días!... ¡Ah! ¡qué idea! Los tartamudos dejan de serlo cuando cantan.) Caballero, hágame usted el obsequio de cantar.

SOUF. ¿Yo?

DURAND. Sí: refiérame usted su asunto cantando.

SOUF. Pero... si no sé ..

DURAND. Una música cualquiera, y no se preocupe usted de la rima que yo pondré cuidado y...

SOUF. Pe... pe... pe...

DURAND. Es la manera de terminar pronto, sino me será imposible escucharle.

SOUF. Que abogado tan ca .. ca...

DURAND. No repita usted esa letra y cante. (Souflet canta.) Perfectamente... pero si pudiera usted cantar algo más vivo, más alegre...

SOUF. Co. . co... co ..

DURAND. No hable usted, no hable usted y prosiga; yo llevaré el compás.

SOUF. (Cantando.) Tengo un vecino hace tres semanas... ¿Se entera usted?

DURAND. Sí: no hable usted.

SOUF. Mi vecino ha hecho levantar una columna.

DURAND. Más vivo, más vivo.

SOUF. ¡Oh! ¡aquel ruído! ¡aquel estrépito! ¡Rotos los cristales! Mis naranjos desgajados.

DURAND. Muy bien. ¿Dónde vive usted?

SOUF. En Passy.

DURAND. ¿Y quiere usted demandar á su vecino?

SOUF. Sí señor, y si es posible, que me dé indemnización.

DURAND. Enterado; sírvase usted hacerme un escrito detallando cuanto acaba de decir y solicitando indemnización... es lo más breve.

SOUF. Pe... pe... ro... cu... cu...

DURAND. ¡Otra vez con el alfabeto!

SOUF. ¿Cu... cu... ando?

DURAND. ¡Ah! ¡sí! ¿Cuándo puede traérmele? Cuando guste. Dentro de una hora, si quiere.

SONF. A... á... a...

DURAND. Adiós, adiós...

SOUF. Be... be... be... (Vase.)

DURAND. Beso á usted la suya. ¡Qué calamidad de hombre! ¡Calle! ¿Otro?

ESCENA VI

DICHOS y ALBERTO

ALB. Soy yo, primo.

DURAND. ¡Ah! ¿Eres tú? Ya era hora; os estuve aguardando...

ALB. ¿Para qué?

DURAND. ¿Cómo para qué? ¿Anoche no quedásteis en que vendríais á tomar el café á mi casa?

ALB. ¡Ah! ¡sí! tienes razón, pero no pudimos venir.

DURAND. Os tenía preparadas unas conservas...

ALB. Cosas de mi suegro; es tan caprichoso...

DURAND. ¿Y qué traes aquí?

ALB. Un jamón de Hamburgo y un barrilito de truchas escabechadas; además, una caja de ciruelas de Ojén, calidad superior, y una piña de América; el fruto más delicioso y más caro... dieciséis francos. Y, por último, dentro de un instante, Teodoro te traerá dos pilones de azúcar.

DURAND. ¿Y á qué viene tantos obsequios? Porque es la primera vez que me regalas.

ALB. Que quieres, yo soy así, tardío, pero seguro; y, sobre todo, que de alguna manera he de demostrarte mi admiración y mi cariño.

DURAND. Bien, hombre, bien; muchas gracias.

ALB. Y te traigo también cien tarjetas... Durand... abogado insigne de los Tribunales de París.

DURAND. ¡Idea más extraña! Y eso de insigne...

ALB. Cosas de mi suegro, es decir, cosas mías. (Es preciso alejarle á toda costa; mi mujer y su padre pueden venir de un momento á otro...) Primo, tengo que pedirte un favor.

DURAND. (¡Vamos! Empiezo á explicarme los regalos.)

ALB. Necesito que me prestes...

DURAND. ¿También tú?

ALB. No; que me prestes tu despacho por hora y media.

DURAND. ¿Para que?

ALB. Eres muy curioso: ¿no lo adivinas?

DURAND. No.

ALB. ¿De veras?

DURAND. De veras.

ALB. Pues bien; pero no se lo digas á nadie: tengo mi lío.

DURAND. ¿Tú? imposible.

ALB. ¿Cómo imposible?

DURAND. ¿Alguna cocinera?

ALB. ¡Quiá!

DURAND. Pues eres un libertino sin entrañas; ¡al mes de haberte casado!

ALB. Hombre, si es lío añejo, una antigua conquista.

DURAND. ¿Y para qué necesitas mi despacho?

ALB. Como es una mujer del gran mundo, no puede recibirme en su hotel, y me he acordado de tí y de tu piso.

DURAND. ¡Pues has hecho mal, porque no quiero que mi piso sirva para ciertas cosas!

ALB. Te aseguro que no pasará nada que no sea correcto.

DURAND. ¡Te digo que no! ¡Habrase visto el calavera!

ALB. Vamos, primo; sé razonable y te regalaré un frasco de guindas en aguardiente.

DURAND. Déjame en paz, y marchemos; tengo precisión de salir.

COGN. (Desde el corredor.) «Durand.» Sí, aquí debe ser. ¿Hay permiso?

ALB. ¡Dios mío! ¡La voz de mi suegro!

DURAND La Providencia le envia; ahora verás.

ALB. ¡Cállate, no me delates! (¡Si pudiera escurrirme!)

ESCENA VII

DICHOS; COGNARDIER, LUISA y CHERVET

COGN. (A Chervet.) No se moleste usted en anunciarnos; somos de la familia.

DURAND. Que *sans facons*.

COGN. ¡Toma! ¿También usted está aquí?

DURAND. ¿Cómo?

ALB. Mi primo Durand; mi esposa.

LUISA. (¡El tendero!) Buenos dias.

DURAND. ¡Señora!... (Poca ó ninguna educación, es natural.) (A Alberto.) (¡A ver si se presenta tu conquista!)

COGN. Esto se llama un despacho modelo.

LUISA. ¡Qué severidad, y qué buen gusto!

DURAND. Todo muy sencillo.

COGN. ¿Sencillo? ¿Le parece á usted sencillo este mobiliario? (A Alberto.) ¡Hombre, me da rabia que tu primo sea tan envidioso! (A Durand.) ¿Acostumbra usted á despachar con arzobispos?

DURAND ¿Eh?

LUISA. Aquí se revela la mano de un artista.

DURAND. Tanto como artista...

COGN. ¡De un artista, sí señor!

DURAND. Bien, no me opongo.

COGN. (He visto muchos envidiosos, pero como tu primo, ninguno.) (A Durand.) ¿De manera, que este *confort* y esta elegancia? ¡Ocho muelles! (Sentándose.) ¿Qué le parece á usted? ¿Hay algún tendero que tenga sillones de ocho muelles?

DURAND. (A Alberto.) Chico, ten paciencia.

ALB. Ya estoy acostumbrado.

COGN. ¡Hombre! ¡Me ocurre una idea!

ALB. (¡María Santísima! ¡Siempre que á mi suegro le ocurre una idea, me echo á temblar!)

COGN. Cuando tenga necesidad de volver á París, pasaré la noche en este despacho.

LUISA. Y yo me traeré mi cestito de costura.

DURAND. (¡Que van á instalarse en mi casa!) Los que visiten el despacho...

COGN. Nos tomarán por clientes, y eso viste mucho.

DURAND. Lo agradezco infinito; pero clientes, á Dios gracias, no me faltan.

COGN. ¿A usted? ¿Clientes á usted? (Serán parroquianos)

LUISA. Ay, qué figurita tan mona; me la llevaré luégo á casa.

DURAND. ¿Eh? ¿Qué va á llevarse?

ALB. Como regalo de boda. ¿Qué más te da?

COGN. Pero oye. (A Alberto.) ¿Vamos á estar condenados á primo perpétuo? ¿No se marcha éste hombre? (A Durand.) Usted tendrá mucho que hacer, porque hoy, como domingo... Por nosotros no se detenga usted.

DURAND. No, no... (¡Me echa de mi casa!) (A Alberto.) ¿Cómo vas á librarte de ellos?

ALB. ¿Quieren ustedes que demos una vuelta?

COGN. Yo me encuentro aquí perfectamente.

LUISA. Y yo lo mismo; déjanos contemplar á nuestro gusto la morada del genio.

DURAND. Decididamente desconfían de ti... y ya comprenderás que yo no puedo echarles...

ALB. No, no se te ocurra tal cosa; déjalos por mi cuenta y márchate si tienes precisión.

DURAND. Bien; pero que no me toquen mis papeles, ¿eh? Mira que eso es sagrado.

ALB. Descuida.

DURAND. Ea, adiós y buena suerte. Señora... caballero...

COGN. ¿Eh? ¿No es de usted esto? (Señalándole el jamón y las truchas.)

DURAND. Sí señor, es mío.

COGN. Puede usted llevárselo; yo me pasaré más tarde por el almacén.

DURAND. Pero, ¿qué dice este hombre?

ALB. Nada, rarezas, no le hagas caso; anda, anda.

DURAND. Está tocado. (Vase.)

ALB. ¡Uf!

ESCENA VIII

DICHOS, menos DURAND

COGN. ¡Gracias á Dios que nos vemos solos en nuestra casa! Mira, hija mía; aquí es donde tu marido estudia y

compone esos hermosos discursos que son la admiración de Francia entera.

ALB. Sí, ahí precisamente...

LUISA. ¡Qué felíz soy, Alberto mío!

COGN. ¡Cielos!

ALB. ¿Eh?

LUISA. ¿Qué es eso papá?

COGN. Que hoy mismo hablará tu insigne esposo en defensa del célebre Tapotard.

LUISA. ¿Cómo? ¿Y nada nos habías dicho?

ALB. Justamente, ahora iba anunciaros... (No sé por qué los periódicos se ocupan de ciertas cosas.) Iba anunciaros mi discurso, y á deciros que no podréis asistir.

COGN. ¿Que no podremos? ¿Quién se atreve á impedir al suegro y á la señora del insigne Durand que presencie su triunfo?

ALB. El jurado, que ha dispuesto que la vista sea á puerta cerrada.

COGN. ¡Malhaya! (Da golpes encima de los papeles.)

ALB. ¡Cuidado, querido suegro!

COGN. Pues danos siquiera algunos detalles de la causa.

ALB. No hay inconveniente; por más que la reserva del sumario...

COGN. Entre nosotros...

ALB. Tapotard es un bribón redomado.

COGN. Se supone.

LUISA. ¿Y qué ha hecho?

ALB. Ha hecho... No podéis figuraros lo que ha hecho... (Ni yo tampoco.)

COGN. ¡Ah! Aquí está el proceso.

ALB. ¿Está ahí? Bueno; pues léalo usted, y se enterará de todo.

COGN. ¡Calle! ¡Estas notas no están escritas por tí!

ALB. Naturalmente, están escritas por mi secretario; yo dicto y él escribe.

COGN. ¡Já, já! ¡Qué gracioso es esto!

ALB. ¿Qué?

COGN. El incidente de la señorita Baldasare.

ALB. No la conozco.

COGN. La señorita que Tapotard encontró cerca de las fortificaciones la noche del diez al once de Octubre. Hay aquí detalles que harían ruborizar á un escritor naturalista.

ALB. (Que no se entere Luisa.)

COGN. ¡Demonio! Aquí aparece un testigo que puede darte mucho que hacer. Su declaración es terminante. Dice que lo ha visto todo.

LUISA. ¿Sí? Entonces...

COGN. (Leyendo.) «Yo fumaba tranquilamente en mi pipa, no lejos del sitio donde se cometió el crimen. De repente una sombra de mujer pasó por mi lado, seguida de una sombra de hombre. La luna apareció de improviso, y, gracias á ella, pude conocer al acusado.» Vamos á ver, ¿qué vas á contestar á esto?

ALB. Pues contestaré que no es verdad...

COGN. ¿Que no apareció la luna?

ALB. Que el acusado se había negado varias veces á prestar dinero al testigo.

COGN. ¡Gran recurso! Para todo halla salida al instante. ¡Qué talento tan superior! Pasemos á la declaración de Josefina.

ALB. (¡Yo sudo!)

COGN. Ahí tienes tú; esta declaración te favorece.

ALB. ¿Pues qué dice?

COGN. ¿No lo sabes? (Queriendo coger los papeles.)

ALB. Yo no leo nunca las declaraciones antes de la vista. ¿Qué mérito tendrían entonces mis defensas?

COGN. ¿De manera que, sin preparar tus argumentos?...

ALB. ¿Qué es eso de preparar? Se me ocurre en el momento crítico; de pronto, ¡paf!

COGN. ¡Paf! ¡El genio! ¡Los chispazos del genio!

LUISA. Pero, siquiera, dínos el último párrafo de tu discurso.

ALB. ¿El último?

COGN. ¡Sí, sí! ¡Vamos! ¡Silencio, hija mía, silencio! ¡Mira cómo se transforma!

ALB. Sí, señores; Tapotard es inocente, y creo haberlo probado en demasía. Debéis, pues, absolverle. «He dicho.»

COGN. y LUISA. ¡Bravo, bravísimo!

ESCENA IX

DICHOS y CHERVET

CHERV. La señora y la señorita de Torrealta preguntan por el señor Durand.

ALB. (¡La suegra y la prometida de mi primo!)

LUISA. ¿Quiénes son esas señoras?

ALB. No sé.

COGN. Dos nuevas clientes, de seguro.

ALB. Yo tengo que ocuparme de Tapotard. Díganlas ustedes que he salido. (Vase.)

COGN. (Al Criado.) Que pasen.

ESCENA X

DICHOS; SEÑORA y SEÑORITA DE TORREALTA

M. TOR. Aún no es la hora de la comida...

COGN. ¡Señoras!...

M. TOR. ¡Caballero!...

COGN. Si desean ustedes ver al insigne Durand...

M. TOR. ¿A quién tengo el honor de hablar, caballero?

COGN. Mauricio Cognardier de Meridón.

M. TOR. ¿Conoce usted al señor Durand?

COGN. Que si le conozco, ¿eh? ¿Qué te parece, Luisa? Esta señora pregunta si conozco al insigne Durand.

M. TOR. Creo que mi pregunta no tiene nada de *ileteroclita*.

COGN. ¿Hetero?... Pues sí, señora, sí, le conozco; le conocemos mucho.

M. Tor. (Serán amigotes suyos, tan vulgares como él.)

Irma. Pues una vez que ustedes le conocen tanto, pueden darnos algunas noticias...

Cogn. Con mucho gusto. El insigne Durand es sencillamente nuestro primer abogado.

M. Tor. Uno de los primeros.

Cogn. ¡El primero! Y suplico á usted, señora, me permita creerlo así.

Irma. Esa es también mi opinión.

Luisa. ¿Sí? (¡Qué simpática es esta señorita!)

Irma. Prosiga usted.

Cogn. Ese hombre ilustre, tan notable y deslumbrador en su vida pública, tiene en la privada una modestia y una sencilléz digna por todo extremo del mayor elogio. Como todo el mundo habla como usted, y como... y se ríe y se distrae con las cosas más nimias y pequeñas. ¡Él será inmortal! Porque, no lo dude usted, ocupará un asiento en la Academia.

M. Tor. Lo dudo.

Cogn. Señora, ha de perdonarme usted que la diga que no me parece muy correcto, ni del mejor gusto, venir aquí á decirnos cosas que... vamos...

M. Tor. ¿Pero quién es usted?

Cogn. Su suegro, señora.

M. Tor. ¿Su suegro? ¿Qué suegro?

Cogn. El único que puede tener; á los treinta años...

M. Tor. Entonces, ¿es viudo?

Cogn. ¿Cómo viudo? Y esta señora, ¿quién es? Presento á ustedes á la compañera de su vida.

M. Tor. ¿Su manceba?

Cogn. ¿Cómo su manceba?

Luisa. Su mujer.

Irma. ¿Su mujer?

M. Tor. ¿Legítima?

Cogn. Y tan legítima.

M. Tor. Eso no es posible.

Luisa. ¿Que no es posible?

M. TOR. El señor Durand ha pedido la mano de mi hija.
COGN. ¿Esta señorita?
M. TOR. Es claro.
LUISA. (Llamando.) ¡Alberto, Alberto!

ESCENA XI

DICHOS y ALBERTO

ALB. ¿Se han marchado ya esas señoras?
LUISA. Ven aquí y contesta.
COGN. No le zarandees de ese modo, mujer. Haznos el favor de contestar.
LUISA. ¿Has pedido tú la mano de esta señorita?
ALB. No tengo el gusto de conocerla.
COGN. ¿Lo ves? (A Luisa.) ¿Lo ve usted?
M. TOR. Si yo no digo que este caballero haya pedido mano alguna.
IRMA. Ha sido éste. (Saca el retrato.)
ALB. (¡El trueno gordo!)
COGN. ¿Y éste es el insigne Durand? Si éste es el tendero de comestibles.
M. TOR. ¿Qué tendero?
COGN. El primo de mi yerno, del auténtico Durand, que lleva el mismo nombre y apellido.
M. TOR. ¡Un tendero pretender á mi hija! ¡Horror! ¡Infame! (Rompiendo el retrato.)
IRMA. ¡Qué descaro! ¡Qué atrevimiento!
ALB. ¡No sé por qué, señorita! (Pero, señor, ¿qué crimen habremos cometido los tenderos?)
COGN. ¿Eh? (A Alberto.) ¿Qué te parece? Hacer creer á las gentes que es el insigne Durand, para casarse con una señorita...
M. TOR. De la más alta nobleza.
COGN. Eso; de la nobleza más rancia...
ALB. Lo encuentro censurable, pero hasta cierto punto nada más.

COGN. ¿Hasta cierto punto nada más? ¡Eso merece un ejemplar castigo! ¡Ahí es nada! ¡Usurpación de estado civil! Si tiene la osadía de presentarse aquí... ¡Hago que le arrojen los criados!

ALB. (Eso nos faltaba.)

IRMA. ¿Pero cómo se explica que hace una hora estuviese en este despacho?

COGN. Porque ha venido á traer estos artículos de su tienda.

IRMA. ¡Ay, mamá! ¡Nunca me consolaré de esta decepción!

M. TOR. Dentro de tres días habrás olvidado hasta su nombre. Vamos, sígueme; ha sonado la hora de la venganza.

ALB. ¿De la venganza?

M. TOR. ¿El domicilio de ese especiero?

ALB. (Á Cognardier.) No se lo diga usted.

COGN. ¿Por qué no? Calle Montmartre, ciento veintiséis.

M. TOR. Perfectamente. Vamos á destrozar toda la casa.

ALB. Se librarán ustedes muy bien.

M. TOR. ¡No dejo títere con cabeza! ¡Todo! ¡Todo! ¡Soy capáz hasta de incendiarla! Sígueme, Irma.

IRMA. Yo te ayudaré. (Vase.)

ALB. ¡Señora! ¡Señorita!

LUISA. Después de todo, tienen razón que les sobra.

COGN. ¿A tí qué te importa? Tú no debes rebajarte...

ALB. ¡Un demonio! ¡Corro á defender mis géneros! ¡Señora! ¡Señorita! (Vase.)

LUISA. ¿Pero dónde va?

COGN. ¡Alberto! ¡Alberto! ¡Sí, échale un galgo!

ESCENA XII

COGNARDIER y LUISA

COGN. Lo que es si á mí me hubiera burlado de tal modo, no me contento con menos que su vida. Voy á escribir á ese pillastre diciéndole que no ponga aquí los piés.

LUISA. Muy bien pensado.

COGN. (Sentándose.) «Caballero, su conducta de usted...»

LUISA. ¡Calle! ¿Qué es esto? ¡Cartas dirigidas á mi marido, y letra de mujer! ¡Oh, Dios mío! ¡Papá! ¡Papá!

COGN. ¿Qué ocurre?

LUISA. ¡Que yo me voy á morir! ¡Que mi marido me engaña!

COGN. ¡Él! ¡Imposible!

LUISA. ¡Estoy cierta, ciertísima! ¡Cruel! ¡Traidor! ¡Perjuro! ¡Oh! ¡Quiero divorciarme! ¡Yo no quiero vivir un sólo instante á su lado, quiero divorciarme!

COGN. Hija mía, considera que si todas las mujeres engañadas por sus maridos quisieran divorciarse, no habría en Francia un solo matrimonio regular. Vamos, cálmate, y... ante todo, ¿estás segura de lo que dices?

LUISA. Toma, lee esa carta que acabo de encontrar sobre su mesa y te convencerás.

COGN. Veamos. ¡Hola! Con su lema y todo. «Rendida sí, vendida no.» Esto acusa cierta altivéz... «Falderillo mío.»

LUISA. ¿Falderillo?

COGN. «El duque sigue entregado á su diversión favorita, la caza, y no regresará hasta mañana por la noche. Tienes la llave del jardín, y la del vestíbulo la encontrarás en la estufa, bajo el plátano: he dado permiso á toda la servidumbre para asistir al teatro, y yo...»

LUISA. Bueno, bueno; no prosigas.

COGN. Tu «Niní.»

LUISA. Su «Niní,» y mira, mira la fecha, es de hace quince días, ¡es decir, que me engañaba en plena luna de miel!

COGN. ¡Já! ¡já! ¡já! ¡Qué impaciencia! Pero es preciso cerrar los ojos; es necesario ser tolerantes, se trata de un hombre célebre...

LUISA. A quien adoro con toda mi alma.

COGN. Por eso mismo debes ser generosa.

LUISA. ¿Es decir, que le defiendes?

COGN. No, mujer; trato de disculparle y de calmarte.

LUISA. ¡Dios mío! ¡Dios mío!

COGN. Anda, ponte el sombrero y salgamos; el aire puro...

LUISA. No, no; si no admito disculpas ni razones, si quiero divorciarme.

COGN. Pero, mujer, ¿qué culpa tiene?

LUISA. ¡Engañarme á los quince dias de matrimonio! ¡Oh!

COGN. ¿Dónde vas?

LUISA. A recorrer toda la casa y á registrar todos los muebles que halle. ¡Quiero confundirle ¡Anonadarle! (Vase.)

COGN. ¡Luisa! ¡Oye! ¡Espera! ¡Va hecha una loca! ¡Esto de descomponerse así en casa de un hombre ilustre!...

ESCENA XIII

COGNARDIER y CORINA

COGN. ¡Eh! ¡Señora!

CORINA. (¡Calle! un nuevo escribiente.) Haga usted el obsequio de decir al señor Durand que la señora consabida viene á recoger sus cartas.

COGN. ¿Sus cartas? ¿La señora consabida? (Ésta debe ser la duquesa.) Lo sé todo, señora.

CORINA. ¿Todo? ¿Y quién le ha dicho?...

COGN. Dos palabras nada más. señora. El Himeneo impone deberes muy penosos, es verdad, pero eso no es una razón para que si el marido sale de caza, se envíe la servidumbre al teatro.

CORINA. ¿Cómo?

COGN. Figúrese usted que el duque vuelve de improviso y le pide á usted la llavecita.

CORINA. ¿La llavecita?

COGN. La del vestíbulo, la del plátano...

CORINA. ¿Pero qué dice éste hombre?

COGN. ¿Qué le hubiera contestado usted?

CORINA. Que sé yo.

COGN. ¡Se lo ruego, señora; se lo ruego en nombre de su falderillo: renuncie usted al insigne Durand! ¡Ya no hay remedio; se ha casado conmigo, con mi hija!

CORINA. ¿Eh?

COGN. Yo comprendo que este sacrificio le será á usted muy penoso, mucho, porque cuando una mujer como usted se decide á pasar el Rubicón del vicio...

CORINA. ¿El Rubicón del vicio? ¿Y qué es eso?

COGN. Una laguna italiana que se hizo célebre en tiempo de César... pero aunque la domine á usted una terrible pasión reflexione en las consecuencias. Que el duque le sorprende á usted con Durand y la mata á usted, ¡bueno! ¡pero á él!...

CORINA. ¡Este hombre está loco!

COGN. ¿A quién se le ocurre colocar la llave bajo un plátano?

CORINA. Si la escondo bajo la estera.

COGN. Perdóneme usted: en la carta dice «plátano.»

CORINA. ¿Qué plátano ni que?... yo no he escrito semejante carta.

COGN. ¡Lo he leído, señora duquesa!

CORINA. ¿Duquesa? ¿Duquesa yo? ¡Já! ¡já! ¡já! Poseo cierta distinción, es verdad, pero todavía no he llegado á tanto.

COGN. ¡No tiene usted por divisa «rendida, sí; vendida, no!»

CORINA. ¡Já! ¡já! todo al contrario.

COGN. ¿A quién tengo el honor de hablar entonces?

CORINA. Loreto de Coubillet.

COGN. Luego mi yerno tiene dos...

CORINA. Eso se ve todos los días.

COGN. No en Meridón, señora.

CORINA. Pues vuélvase usted á Meridón... ¡Ea! No está el señor Durand, ¿eh? Pues hasta luégo.

COGN. ¿Cómo hasta luégo? ¿Por dónde se va usted?

CORINA. Por aqui; sé muy bien la salida.

ESCENA XIV

COGNARDIER, ALBERTO y LUISA

COGN. ¡Señor Durand, señor Durand, esto ya es demasiado!

ALB. (Entrando.) ¡Imposible alcanzarlas! Tenian su coche á

la puerta, y yo por la condenada lluvia no he podido encontrar ninguno.

LUISA. ¡Nada! ¡Y todo lo he registrado! ¡Ah! ¿está usted aquí? ¡Miserable!

ALB. ¡Cómo miserable!

COGN. (¡Lo sabe todo!)

ALB. (¡María Santisima!)

LUISA. No le perdonaré á usted nunca.

ALB. ¡Luisa!

LUISA. ¡Engañarme de un modo tan inícuo!

ALB. ¡Te amo tanto!...

LUISA. ¿Y aún se atreve? ¡Pleitearemos, caballero! ¡Pleitearemos!

COGN. ¡Si él se defiende, estás perdida!

ESCENA XV

DICHOS; SEÑORA y SEÑORITA DE TORREALTA y SOUFLET

SOUF. Caballero... aquí está el escrito...

COGN. ¿Quién es usted?

SOUF. Me llamo Souflet; habito en Passy.

ALB. ¡Cielos! ¡mi vecino! ¡el de la estufa!

M. TOR. (Entrando.) Ya estoy satisfecha; ya estoy vengada. Todo lo hemos hecho añicos.

ALB. ¡Todo!

M. TOR. Los dependientes nos han ayudado.

ALB. ¡Bribones!

COGN. Consuélese usted señora; mi yerno ha engañado también a mi hija.

M. TOR. ¿Y lo dice usted con esa calma?

LUISA. (A Alberto.) Déjeme usted.

M. TOR. Estos Durand son todos unos canallas.

ALB. Por amor, señora; por amor...

LUISA. ¿Por amor? ¡Cínico! ¡Yo necesito desahogarme! Yo quiero romper algo.

ALB. ¿También tú?

COGN. ¡Luisa!

M. TOR. Tome usted, tome usted; así se calmará.

SOUF. ¡Cui... cui... dado!

M. TOR. Y yo la ayudaré.

COGN. ¡Orden! ¡Esto no es un almacén! ¡Hija mía!

LUISA. ¡Ah! ¿Las porcelanas son tu encanto, eh? ¡Pues mira lo que hago con ellas! Y este jarrón...

COGN. Eso no, hija mía; que cuesta muy caro. Ese tampoco.

SOUF. ¡Esto es un campo de batalla!

M. TOR. Siga usted, siga usted.

LUISA. ¡Y los libros, y los papeles! ¡todo, todo!

ESCENA XVI

DICHOS y DURAND

DURAND. ¡Mi despacho convertido en leonera!

M. TOR. ¡Miserable! ¡Bribón! ¡Bandido!

COGN. Salga usted de aquí usurpador.

DURAND. ¡Señores!

SOUF. ¡Esto es una jaula de locos! ¡Á la guardia! ¡Á la guardia!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Gabinete en el Palacio de Justicia.

ESCENA PRIMERA

BARBATIER y EL PROCURADOR; después CORINA

BARB. ¡Pobre señor fiscal, y qué preocupado se halla! Es claro, la idea sólamente de que tiene que habérselas con el insigne Durand, le tiene anonadado, abatido. Y eso que es el único capáz de medir sus armas con nuestro invencible. ¡Será una lucha reñidísima! ¡Lucha de gigantes! El David del foro contra el Goliat de la magistratura. Mucho se retarda David; estará preparando su honda.

CORINA. (Entrando.) Buenos días, Barbatier.

BARB. Señora... ¿Tiene usted papeleta?

CORINA. ¡Vaya!

BARB. ¿Y asiento numerado?

CORINA. Naturalmente. ¿Hay mucho público?

BARB. La sala está rebosando.

CORINA. ¿Ha venido Alejandro Dumas?

BARB. Hace media hora; el ilustre autor no deja de asistír nunca á estos espectáculos.

CORINA. ¿Y nobleza?

BARB. La flor y nata; sólo faltaba usted.

CORINA. ¡Bromista! ¿Cómo ha pasado la noche Tapotard?

BARB. Como un bendito; en un sueño. Tiene la placidéz y tranquilidad...

CORINA. ¿Del inocente?

BARB. Del culpable, que está defendido por la primer lumbrera del foro.

CORINA. ¿Y cree usted que el tribunal admitirá las circunstancias atenuantes?

BARB. Creo más que eso; creo en la absolución, y tan seguro estoy de ella, que he apostado cinco francos...

CORINA. ¿Con el presidente?

BARB. Conmigo mismo, y de ese modo disfruto de las ventajas del juego, sin exposición de ninguna clase; si pierdo, pongo los cinco francos en una hucha; y si gano, me los gasto alegremente por la noche.

CORINA. Tiene gracia el sistema. ¡Hola, ya se retira el señor fiscal! ¿Se irá á empezar ya la vista? ¿Dónde he puesto yo mi luneta?

BARB. ¿Su luneta? Ni que se tratara de un teatro.

CORINA. Exactamente. Para mí este espectáculo es idéntico al estreno de una obra dramática. Los hujieres son los traspuntes; el acusado, el autor; el presidente, el director de orquesta; el ministerio público, la crítica; el abogado defensor, la *claque;* testigos, los actores; la suspensión de la vista, los entreactos; la absolución libre, el éxito, y el fallo del tribunal condenando al reo, el fracaso de la obra, la silba; en fin, para que nada falte, hay también, como en el teatro, sus billetes de favor. (Corina empieza á desabrocharse.)

BARB. ¿Qué hace usted, señora? La suplico que no se permita aquí ciertas libertades...

CORINA. Llevo sobre mi pecho la biografía y el retrato de Tapotard ¿Verdad que su rostro es sumamente expresivo?

BARB. Mucho.

CORINA. ¡Si fuera usted tan amable que le entregara de parte mía este insignificante recuerdo!

BARB. ¿Tabaco?

CORINA. De lo más superior.

BARB. Nos está prohibido.

CORINA. Por eso se lo entregará usted con más gusto. ¿Le chocan á usted es as muestras de simpatías?

BARB. No: ya estoy acostumbrado, porque no es usted la única admiradora de tan distinguido canalla. Algunas veces casi siento no verme en su lugar.

CORINA. Ea, voy á ocupar mi sitio antes de que levanten el telón. Hasta luégo, Barbatier.

BARB. Que usted se divierta. (Vase.)

ESCENA II

ALBERTO; después BARBATIER

ALB. Nada, no encuentro á mi primo por ninguna parte; vengo de mi almacén, mejor dicho, de contemplar las ruínas de mi almacén. ¡Qué mermelada! Lo menos importa veinte mil francos el destrozo que me han hecho; ¡los toneles desfondados: los bocoyes rotos! ¡La manteca derretida! ¡Los quesos pulverizados! ¡Los dulces confundidos con la pimienta, y los licores, el vinagre y los vinos, formando una especie de mar rojo, que realizará el sueño del más ardiente devoto del dios Baco! ¡Qué desastre! ¡Más de mil personas hay agolpadas á la puerta, gozándose en mi desgracia! ¡Y mi situación es cada vez más crítica y no sé cómo salir de ella ni qué partido tomar! ¡Yo hago un disparate! ¡No hay remedio! ¡Le hago! (Viendo entrar á Barbatier.) Perdone usted, caballero! ¿El señor Durand?...

BARB. No ha venido todavía.

ALB. Usted parece muy amable, y como del oficio, digo, de la profesión, podrá decirme... ¿Qué opina usted acerca de Tapotard?

BARB. ¿Es usted de la familia? Tranquilícese usted, saldrá absuelto.

ALB. Me importa poco, porque no es pariente mío.

BARB. Entonces...

ALB. Pero deseo saber cómo juzgan los jueces á tan célebre criminal, para establecer comparaciones.

BARB. ¿Eh?

ALB. Porque yo quizá sea más culpable. Casado con una encantadora joven de Meridón...

BARB. ¿Tapotard?

ALB. No señor, yo.

BARB. Sea enhorabuena. (¿Por qué me enterará á mí este hombre de sus asuntos privados?)

ALB. Nadando diariamente...

BARB. ¿Toma usted baños fríos en invierno?

ALB. Nadando diariamente en la más completa de las felicidades...

BARB. ¡Ah! ¡Ya! Es una piscina poco frecuentada.

ALB. ¡He visto de pronto desaparecer mi ventura, desvanecerse mis esperanzas!

BARB. Entendido; su mujer de usted ama á otro. Tengo una capa de ese paño.

ALB. Caballero, mi mujer no ama á nadie más que á su marido.

BARB. ¿Entonces, de qué se queja usted?

ALB. ¿De qué me quejo? Todo el jabón de Marsella no bastaría á lavar...

BARB. Pero, ¡caracoles! ¿Quién es usted, ó qué crimen ha cometido?

ALB. Tranquilícese usted; soy un pobre tendero de comestibles, cuyo único crimen consiste en haberse enamorado perdidamente. Pero mi situación es crítica, muy crítica. ¡Mi primo no viene y yo voy á hacer un disparate! ¡Le hago! (Vase.)

BARB. ¡Vaya usted con Dios, tendero misterioso!

ESCENA III

BARBATIER, SEÑORA TORREALTA é IRMA

M. Tor. Este señor podrá indicarme... Dispense usted. ¿En qué sala se reune el tribunal?

Barb. Primer corredor á la derecha, segundo corredor á la izquierda; después todo seguido; llega usted al fin de la galeria, corredor á la derecha, puerta á la izquierda, escalera en el centro, y allí pregunta usted.

M. Tor. Pues quedamos enteradas Venimos á entablar una querella criminal contra un tendero de la calle Montmartre.

Barb. ¡Calle! ¿Si será el mismo que estaba aquí hace un instante?

M. Tor. Probablemente. Es muy capáz el muy villano de pedirnos indemnización de daños y perjuicios por el destrozo que le hemos hecho.

Irma. ¿Y quién me indemnizará á mí del destrozo que él ha hecho en mi corazón?

M. Tor. ¡Y en nuestro ilustre nombre! Una dama de la más alta nobleza vivía tranquilamente con su hija en su retiro señorial.

Barb. ¿Más misterios?

M. Tor. Ambas gozaban felices de la estimación y consideración de cuantas personas tenian la honra de conocerlas.

Barb. (Esto es un folletín de un periódico.)

M. Tor. En uno de sus paseos vespertinos por el bosque, conocieron un cazador, que resultó ser un célebre abogado según él afirmaba; prendóse de la citada señorita; la señorita prestó oidos á su pasión, y la madre, respetando tan puros ideales, consintió en el matrimonio; concertóse éste, llegaron á Paris la víspera de la boda; todo estaba dispuesto, pero la Providencia, tan sabia como justa, no consintió que el crimen se

consumase. ¡El criminal fué descubierto; el abogado no era tal abogado!

BARB. ¿Pues qué era?

M. TOR. Busque usted en la sociedad lo que haya más indigno y despreciable, después de los porteros.

BARB. Es que yo soy portero, señora.

M. TOR. ¿Portero? Entonces no puedo continuar hablando con usted.

BARB. (Ni falta que me hace; ¡vaya con la señora del bosque!)

ESCENA IV

DICHOS y COGNARDIER

COGN. ¿El insigne Durand?

BARB. No ha venido todavía.

COGN. Le esperaré; tengo el honor de ser su suegro.

BARB. No sabía que estuviese casado. (Vase.)

COGN. ¿Ustedes por aquí, señoras?

M. TOR. A entablar una demanda contra el especiero.

COGN. Todo se lo merece; no sólo me pongo incondicionalmente á su disposición, sino que obligaré á mi yerno á que le forme causa por usurpación de celebridad.

M. TOR. ¡Gran idea! No ha de salir con vida de nuestras manos. (A Irma.) Sigueme.

COGN. Lea usted esta noche los periódicos, verá usted qué cantárida le aplico.

ESCENA V

COGNARDIER y ALBERTO

ALB. Vengo de escribir mi última voluntad, porque ya estoy decidido.

COGN. Buenos días, querido yerno.

ALB. (Mi pesadilla. Parece que está algo más tranquilo.) Agradezco á usted con toda mi alma su noble gene-

rosidad. ¿Me trae usted el perdón y la estimación de Luisa?

COGN. La he dejado ahí abajo en el patio.

ALB. ¿La estimación?

COGN. No; Luisa.

ALB. ¿Sola?

COGN. Sí; en el coche que nos ha traido. La infeliz está inconsolable; ha llorado mucho, muchisimo, y de ningún modo quería seguirme; pero yo me he empeñado en que me acompañe y te vea con tu toga.

ALB. (¡Siguen por lo visto en el mismo error!)

COGN. Cuando Luisa vea á su esposo con la toga... he dicho para mí, las lágrimas cesarán ante el ropaje de la elocuencia. *Cedam lacrime togue...*

ALB. (¡Hasta latín, Dios mío!) De manera, que lo que Luisa me perdona es...

COGN. ¡La duquesa!

ALB. ¿Qué duquesa?

COGN. ¡Niní!

ALB. ¿Qué Niní? Si yo no conozco...

COGN. Pues bien; conmigo no tienes necesidad de esos fingimientos; yo soy un hombre razonable que lo comprende todo, y todo se lo explica.

ALB. Entonces...

COGN. Y para tu tranquilidad, te diré que Luisa ignora por completo lo demás... lo de la otra...

ALB. ¿De la otra?

COGN. Sí; y hazme el favor de escuchar esto; tu primo tiene la desfachatéz de hacerse pasar por ti, pero yo no quiero dejar impune tal delito. He enviado este suelto á todos los periódicos de la noche: «Un infame tendero de comestibles, acaba de deshonrar la magistratura. ¿Por qué ocultar su nombre? Se llama Alberto Durand, y vive calle de Montmartre, ciento veintiséis. No contento con falsificar sus comestibles, se ha falsificado á sí propio.»

ALB. ¡Eso es una insensatéz!

COGN. ¡Más aún, una villanía! A fin de realizar un matrimonio ventajoso, ha engañado á una noble familia de Alençón, haciéndola creer que es su ilustre primo, el verdadero, el auténtico Durand, el insigne abogado de los tribunales de París, como que recientemente se ha unido con la hija del señor Mauricio Coguardier, el sabio agrónomo de Meridón, á cuya vasta inteligencia debemos importantes descubrimientos agrícolas; es hombre de mérito superior y creemos rendir tributo á la justicia, recordando al gobierno que el referido sabio no tiene todavía ninguna condecoración.

ALB. ¡Esto es inaudito!

COGN. Mucho; pero como ves, ya tiene lo que merece. Y puesto que la vista va á empezar, te suplico aceptes esta pequeña muestra de mi admiración hacia tí.

ALB. ¿Qué es esto?

COGN. Una toga que deseo estrenes hoy.

ALB. ¿Hoy?

COGN. Sí; anda, póntela, dame ese gusto. (Empieza á ponérsela.)

ALB. Pero...

COGN. Nunca te he visto con este uniforme, y estoy cierto que Luisa al contemplarte... Ahora, el birrete. ¡Qué aire tan majestuoso! Voy á buscar á Luisa (Vase.)

ALB. Espere usted, espere usted. (Tropieza.) ¡Demonio! ¡Esto es imposible; antes que alguno... (Se quita la toga.) yo voy á declarárselo todo á Luisa!

ESCENA VI

ALBERTO, SEÑORA DE TORREALTA é IRMA

M. TOR. ¡Calle! Aquí está el verdadoro Durand. Acabamos de formular una demanda contra su primo de usted; lo menos tendrá para ocho años.

ALB. ¿Para ocho años? ¡Eso lo veremos! Él sí que debía

pedir á ustedes una fuerte indemnización. ¡Incendiarias! (Vase.)

ESCENA VII

DICHOS y DURAND

M. TOR. ¿Eh?

IRMA. Todos se conjuran contra nosotras; ¿qué va á ser de mí, mamá?

M. TOR. No te apures; yo te buscaré un marido con arreglo á tu prosapia. ¡Recuerda que has estado expuesta á pasar tu vida detrás de un mostrador!

DURAND. (Entrando.) ¡Caramba, qué tarde es! ¿Eh? ¡Irma y mi cariñosa suegra! ¿Al fin se han decidido ustedes? Lo celebro. ¿Pueden ustedes explicarme el motivo?...

M. TOR. Venimos á entablar una demanda contra usted.

DURAND. ¿Contra mí? Esto tiene gracia, cuando yo debiera ser...

M. TOR. ¿Aún se atreve?

DURAND. ¡Mi despacho convertido en un verdadero campo de Agramante!

M. TOR. ¿Su despacho? Dirá usted su almacén.

DURAND. ¡Mis porcelanas hechas añicos!

M. TOR. Dirá usted sus cacharros.

DURAND. ¡Mis papeles rotos y pisoteados!

M TOR. ¿Sus papeles? De estraza.

DURAND. ¡Señora! Suplico á usted... que se explique con la mayor concisión y claridad, porque tengo que hablar mucho...

M. TOR. ¿En defensa del cacao y de los azúcares? Por un resto de compasión, le diré á usted que de un momento á otro vendrán á detenerle.

DURAND. ¿Detenerme? ¿Detenerme á mí? ¡Usted está loca, señora!

M. TOR. ¿Háse visto descaro igual?

IRMA. Vámonos, no le hagas caso.

M. TOR. ¡Insultarme de tal modo un especiero!

DURAND. ¿Yo? ¿Especiero yo?

M. TOR. O tendero.

DURAND. Ni tendero, ni almacenista.

IRMA. Bien; si no nos importa.

BARB. (Entrando.) Señor Durand. El tribunal ya está reunido.

DURAND. ¿Ya? ¡Y yo sin la toga!

M. TOR. ¿Eh? ¿Qué dice usted?

IRMA. ¡Mamá!

M. TOR. ¡Silencio! ¿Este señor no es tendero de comestibles?

BARB. ¿El insigne Durand tendero de comestibles?

IRMA. ¡Qué dicha!

M. TOR. ¿Pero usted es el abogado?

DURAND. Si señora.

M. TOR. ¿Está usted cierto?

DURAND. ¿Cómo si estoy cierto? Si necesita usted pruebas, las tendrá dentro de un instante. Barbatier, coloca á estas señoras en sitio de preferencia. (Vase.)

M. TOR. ¿Es decir, que el especiero es el otro?

ESCENA VIII

DICHOS; COGNARDIER y LUISA

COGN. Ven, Luisa, ven. Señoras...

M. TOR. ¿Sabe usted que no conozco hombre más trapisondista?

COGN. ¿Que el primo de mi yerno?

M. TOR. Que usted.

COGN. ¿Que yo?

M. TOR. Usted ha pretendido burlarse de nosotras.

COGN. ¿Yo?

M. TOR. Diga usted de mi parte á su insigne yerno que es un polichinela.

COGN. Hable usted con más respeto...

M. TOR. Vamos á oir á tu futuro, al auténtico Durand.

LUISA. ¿A su futuro?

COGN. A buena hora.

BARB. La vista empieza. Cuando las señoras quieran pasar...

M. TOR. Adiós, amigo mío; lea usted la fábula del grajo y el pavo real. (Vase.)

COGN. Pero esta señora se ha escapado de algún manicomio. ¿Qué ha querido decir?

LUISA. Y pasan... ¿Pues no nos dijo Alberto que la vista era á puertas cerradas?

BARB. ¿A puertas cerradas? Si la sala está llena de gente.

COGN. ¡Oh! pues vamos también nosotros .. Dispense usted; ¿el señor Durand?

BARB. Ahí le tiene usted.

ESCENA IX

DICHOS y DURAND; después ALBERTO

COGN. ¿Eh? ¿él? ¡Oh! ¡esto ya es demasiado! ¡Caballero, esto ya es el colmo del cinismo!

DURAND. Haga usted el favor de dejarme en paz; el Jurado me espera...

COGN. ¿Qué Jurado ni qué?... Yo no consiento que profano usded estas vestiduras...

DURAND. Repito que no puedo detenerme; ¡qué pesadéz!

ALB. (Entrando.) (No encuentro á Luisa por ninguna parte.)

DURAND. ¡Ah! ¿Eres tú? Ven á ayudarme.

COGN. No, ayúdame á mí á quitarle tu toga... ¡sin más ni más se la ha encajado!

BARB. (Entrando.) Señor Durand, el presidente se impacienta.

COGN. ¡Va! ¡va en seguida! ¡Anda, Alberto!

ALB. ¿Yo?

COGN. Sí.

DURAND. Creí que no me soltaban. (Vase.)

LUISA. Alberto, ¿qué significa?...

ALB. (¡Dios mío! ¡no puedo articular palabra!)

BARB. ¿Oyen ustedes ese murmullo de admiración? Es que acaba de entrar en la sala nuestro héroe, la Sarah Bernard del foro. (Vase.)

ESCENA X

COGNARDIER, LUISA y ALBERTO

COGN. ¿Qué es esto?

VOZ DENTRO. Tiene la palabra el abogado defensor.

COGN. ¿El abogado defensor?

DURAND. (Dentro.) Señores magistrados, señores Jurados...

ALB. (¿Por qué no se abrirá la tierra?)

LUISA. ¡Papá!

COGN. ¡Hija mía! ¡yo estoy soñando!

LUISA. ¡Caballero!

COGN. ¡Caballero!

LOS DOS. ¿Quién es usted?

COGN. ¿A quién tenemos el deshonor de hablar?

LUISA. ¡Santísimo Dios! El especiero.

COGN. ¿Usted? ¿Usted el falsificador, el tendero de comestibles? ¿Y ha abusado usted hasta ese punto de nuestra confianza? ¿Y ha tenido usted valor de soportar todos mis elogios y de sufrir todos mis insultos?

ALB. Estaba locamente enamorado de Luisa.

LUISA. ¡De mí! ¡Qué vergñenza, papá!

COGN. ¡Caballero! ¡El Sena agita casi á nuestros piés sus turbulentas aguas! Está usted deshonrado á nuestros ojos y á los ojos de Europa entera. No tengo más que decirle.

ALB. Comprendido. Por última vez. ¿Me perdonas?

LUISA. No.

ALB. Está bien. Adiós. (Vase.)

LUISA. ¡Oh!

COGN. Déjale, sólo la muerte puede redimirle.

ALB. ¡Me había olvidado decir á ustedes que les dejo toda mi fortuna: ochocientos mil francos! Ahí van.

COGN. Gracias: la aceptamos. (No le creí tan rico.)

ALB. Y ahora, adiós para siempre.

LUISA. ¡Para siempre! ¡Alberto!

ALB. No me detengas, te lo suplico; he abusado de vuestra sencilléz, y estoy deshonrado á los ojos...

COGN. No obstante, quizá con dos ó tres años de prisión...

ALB. ¡Antes la muerte! Adiós.

COGN. Espera, espera un instante. (Lo cierto es que ha sido generoso.)

ALB. Voy...

COGN. Espera, hombre; somos contigo en seguida. (Si vendiera su almacén y se convirtiera en propietario...)

LUISA. ¡Gran idea!

COGN. Yo hubiera concedido tu mano á cualquier propietario sin la menor vacilación.

LUISA. ¡Un propietario! Eso ya es muy distinto, ¿verdad, papá?

COGN. Vamos á ver, hemos encontrado solución al conflicto. ¿Quiere usted liquidar y renunciar á sus comestibles?

ALB. Con alma y vida, si de ese modo recobro tu cariño.

LUISA. ¿Y de veras te habrías matado por mí?

ALB. ¡Una y mil veces!

ESCENA XI

DICHOS, DURAND, SEÑORA TORREALTA, IRMA y BARBATIER

DURAND. Tapotard está absuelto.

BARB. He ganado mis cinco francos.

M. TOR. ¡Qué elocuencia tan fascinadora! ¡Qué gran discurso! Es usted un orador digno de otra edad, querido yerno.

COGN. Conque Tapotard es inocente, ¿eh?

DURAND. No, perdone usted; está absuelto y nada más.

ALB. Como yo.

M. TOR. ¿Supongo que su hija de usted pleiteará contra el tendero?

COGN. ¿Qué tendero, señora? Presento á ustedes á mi hijo político señor Durand, uno de los más ricos propietarios de Meridón.

TODOS. ¡Ya!

COGN. Y un propietario vele por lo menos tanto como el más ilustre jurisconsulto: siquiera no emplea su talento en hacer que absuelvan á criminales.

M. TOR. ¡Despréciales!

COGN. Y para probarte mi estimación, pasaré á tu lado el resto de mis días.

DURAND. ¡Ese es su castigo!

(Al Público.)

Absuelto está, ya lo véis,
del lío en que estaba envuelto;
y puesto que él está absuelto,
á ver si nos absolvéis.

FIN DE LA COMEDIA

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores, la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas.

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.